

## **Oralidad: palabras con vuelo y peso**

Por Miguel Herrero de Jaruregui

El valor de la oralidad que reconoce este archivo trae aires de novedad, porque en nuestros tiempos lo sonoro y lo visual disputan a la escritura su tradicional primacía. La voz empieza a recuperar el terreno que la letra le ha arrebatado en los últimos dos milenios y medio. Pero veinticinco siglos son una pequeñísima parte de nuestra historia sobre la Tierra. La escritura transformó sin duda nuestra forma de pensar y transmitir, pero estos cambios se produjeron sobre la mente de una especie acostumbrada durante cientos de miles de años a una comunicación exclusivamente oral. La oralidad cedió espacio cuando lo escrito se hizo garantía de fiabilidad y duración, pero no dejó nunca de estar presente como forma primaria de comunicación. Y por eso mismo, los cambios que el futuro traiga a la cognición humana se producirán sobre una base oral asentada en millares de generaciones. *El homo sapiens es homo loquens.*

Homero es el primer poeta de la tradición occidental, y muchos lo tenemos por el más grande. Pero que el texto de la *Ilíada* y la *Odisea* sea el primero conservado no quiere decir que Homero lo escribiera, como se creyó durante siglos. Uno de los primeros y más importantes archivos sonoros se conserva en Harvard, con las grabaciones que en los años 20 Milman Parry realizó de los rapsodas serbios que componían y recitaban oralmente, con los mismos recursos mnemotécnicos y compositivos de fórmulas, escenas típicas y mitos compartidos que explican la épica homérica. Desde entonces comprendemos la fuerza de la voz para crear y transmitir obras monumentales. La oralidad ha sido durante siglos depósito de fiabilidad y garantía de verdad. Platón en el *Fedro* aún desconfía de la escritura como un mecanismo nuevo de crear "discursos sin padre", por cuya veracidad nadie responde, frente a la palabra que al pronunciarse implica responsabilidad.

A Homero se debe la expresión "aladas palabras", *etea pteroenta*. Mitos y cuentos viajaban montados en palabras voladoras a través de las culturas y generaciones. Y los transmitían con asombrosa precisión, dejando a su vez libertad a la variación de

cada narrador. Como en el juego infantil del teléfono estropeado, cada eslabón individual de la transmisión es capaz de generar mutaciones y variaciones que, por ínfimas que sean, pueden producir alteraciones de gran escala en el conjunto del relato. Y a su vez cualquier variación individual necesita mantener reconocible el conjunto para ganar la aprobación de una audiencia que aprecia la originalidad precisamente porque se produce en el marco de la tradición compartida. El vuelo de las palabras no es sinónimo de ligereza de la oralidad, sino de su largo alcance.

Un ejemplo más cercano. Los cientos de romances populares que Ramón Menéndez Pidal recogió en sus rutas por los pueblos castellanos (grabaciones conservadas en el archivo sonoro de su fundación) presentan semejanzas de fondo y variaciones de detalle que explican su pervivencia secular por la mezcla de flexibilidad y fiabilidad. La transmisión viral que tan novedosa nos parece hoy en día de los microrrelatos de las redes sociales no hace sino replicar los mecanismos de la oralidad que forma parte de nuestro ADN comunicativo: una transmisión fidedigna que se reserva la posibilidad de cambiar aspectos en cada representación.

Pero la palabra oral no solo transmite y modifica la tradición. También es capaz de crear de la nada. La palabra de un dios homérico se cumple siempre, y no hay manera de evadirse del oráculo pronunciado. En la Biblia el peso de la oralidad llega aún más lejos. El Génesis habla de la Palabra creadora que nada más pronunciarse crea el universo: un Logos con recorrido infinito en la teología cristiana. Pero si bajamos a lo humano encontramos también palabras creadoras. El juramento enuncia una realidad sonora que adquiere existencia propia y no se puede borrar. El "acto de habla" crea efectos permanentes, y el *spondeo* de un romano tiene los mismos efectos jurídicos que los contratos telefónicos que nos hemos acostumbrado a hacer. Que en la Roma antigua no se grabasen y ahora sí es meramente accidental, porque lo sustancial es que la palabra crea. El peso de la palabra individual es la otra cara de su vuelo libre.

Del mismo poder creador de la palabra del que nacen los juramentos vienen también los perjurios y los conjuros; igual origen tienen los cantos y los encantamientos; los salmos y los ensalmos. La etimología no es aquí engañosa: la palabra tiene tanto poder como peligro. Es fácil crear realidades paralelas y embusteras, hipnotizar y, peor aún, hipnotizarse. El poeta antiguo crea mundos que

arroban la imaginación y se apodera de la conciencia para bien y para mal. Igual hace en nuestro siglo el discurso televisado de un político. La película *El discurso del rey* muestra a Jorge V escuchando una fogosa arenga de Hitler a las masas nurenbergianas para conseguir articular una respuesta radiada por encima de su tartamudez, y consiguiéndolo. A los oyentes de la radio británica no les importó la lentitud de su rey, sino la claridad de su voz. Entonces y ahora importa, como sabían los antiguos oradores, no solo qué se dice y cómo, sino quién y por qué.

En nuestros años tampoco han faltado políticos que han confundido el poder de una proclama en un mitin con la entrada en vigor de una ley, el anuncio a la prensa con la ejecución de una medida, la frase lapidaria en un debate con el principio rector de una estrategia. Ejemplos sobran y no es este lugar para recordarlos. La voz no es creadora de por sí, por sonoro que sea su timbre y potentes que sean los altavoces a su servicio. Crea solo la palabra respaldada por la autoridad reconocida y la capacidad de mantener la creación. Sin ese respaldo, quedan falsos juramentos, oráculos fallidos, promesas incumplidas, poemas fracasados, burbujas pinchadas, titulares que se olvidan en menos de un día. Por ello en la antigüedad son solo los dioses quienes tienen voz creadora, y los poetas y oradores inspirados por ellos. Falta quizá a nuestro tiempo capacidad de reconocer las voces con altura y solidez frente a las de salto gallináceo y desvanecimiento pronto. En un mundo en que la oralidad quiere volver a recobrar su trono, debemos proteger la comunicación humana y prestar atención a las palabras con vuelo alto y peso cierto.